

Ray Loriga

Lo peor de todo



Crónica de una generación, la de los 80, ésta es la historia de un adolescente que vive, es decir, que sobrevive. Una chica, el rock, dos o tres amigos, la familia, el trabajo. La primera novela escrita por Ray Loriga sorprende por la desnudez absoluta de su prosa. Un lenguaje de apariencia simple con el que se construye un retrato social. Ésta es una novela acerca del desaliento, acerca de todo lo que uno tiene que hacer aunque no quiera, y de lo raras que son algunas cosas. Un libro sencillo y directo.

Para Christina, ella sabe por qué

I

Lo peor de todo no son las horas perdidas, ni el tiempo por detrás y por delante, lo peor son esos espantosos crucifijos hechos con pinzas para la ropa. Primero se recorta un cartón en forma de cruz y después se van pegando las pinzas encima. Hay que sacar el muelle y separar las dos tablitas y pegarlas luego con mucho cuidado, una para arriba y una para abajo. Al final se le da el barniz para que brille bien y parezca algo. También están los cubiletos para plumas y lapiceros, pero los crucifijos son mucho más feos.

Jorge Maíz le puso mucho amor a su elefante de escayola, después Paco Arce y yo lo pisoteamos hasta que sólo quedaron migas de escayola. Afortunadamente, T no sabe nada de esto.

Juan Carlos Peña Enano se empeñó en contarle a todo el mundo que me había cagado en el primer curso, lo cual, por otro lado, era casi cierto. Aunque, como es lógico, yo lo había negado rotundamente. Como él seguía, que si Elder se cagó, Elder soy yo, que si Elder nos apestó la clase más de un mes, no tuve más remedio que agarrar uno de los crucifijos de pinzas barnizadas y partírselo en la cabeza. Don Humberto me dio a elegir entre una torta y un castigo. Elegí la torta y me llevé las dos cosas. No me pregunten por qué. Las tortas de don Humberto dolían, pero no más que caerse en el patio y darse con las narices en el cemento. Los castigos eran más pesados porque tenías que estar dos o tres horas copiando páginas del libro de lecturas. En el primer curso era el libro de *Pandora y la caja de los vientos*; Pandora abría la caja en la segunda página y se pasaba

después todo el año buscando sus vientos. En el segundo curso era el del *Payaso Panocha*. Todavía peor que Pandora, y peor aún que caerse en el patio y darse con la nariz contra el suelo. Los payasos son la segunda cosa más insoportable del mundo: disfraces de payaso, canciones de payasos, cuentos de payasos, películas de payasos y sobre todo cuadros de payasos.

Leí en el periódico que una señora se había muerto por llevar un pollo congelado en la cabeza. Resulta que la señora robaba y robaba y lo escondía todo debajo del sombrero. Tenía ya bastante práctica con esto pero nunca lo había intentado con los congelados. Por eso se murió, porque el pollo le congeló el cerebro. En algunas películas se muere la gente y en otras no. A mí me gustan las que tienen muertos y gente odiándose a conciencia los unos a los otros.

Dicen que en América se puso de moda tener un caimán. Así que todo el mundo tenía uno. Los metían en la bañera o en un armario, no sé, el caso es que cuando se pasó la moda se pusieron a tirar los caimanes por la alcantarilla y ahora están todos allí abajo haciéndose grandes como monstruos, dispuestos a salir un buen día a comerse a media América.

Lo de la cagada en el primer curso tiene su origen en un fuerte laxante que mi madre andaba experimentando conmigo, de modo que yo apenas tengo culpa de nada. Además, bastante mal lo pasé en su día como para andar ahora acordándome. Los tíos como Peña Enano van siempre detrás de la mierda ajena y así nunca se enteran de cómo les apesta el culo.

Las madres te ponen una camiseta de algodón y después un jersey de cuello de cisne y después una chaqueta de lana y después un abrigo y después un verdugo. Las madres no saben que a veces uno necesita moverse y por eso te aplastan con toda la ropa que encuentran por casa.

Los jerseys de cuello de cisne son una de las tres cosas más desagradables del mundo. Nacho Alverola era un niño simpático que no sabía nunca qué era lo que tenía que hacer para caerle bien a la gente. Con los años se hizo ladrón y acabó en Carabanchel. Me lo contó un cura que habíamos tenido en clase y que sabía dibujar el mapa de Israel con los ojos cerrados. A mí los curas me dan cien patadas en el estómago, porque hablan mucho y con razón. Si se te muere alguien te dicen que a ver si te alegras porque ya está con Dios y a mí eso me parece una memez.

Por mucho que te abrigue tu madre, el sudor de los niños no es como el de los hombres, es más como agua tibia. Las cosas en general van siendo peores según creces, por eso resulta especialmente cruel que te amarguen la vida de pequeño, cuando aún tienes posibilidades. Los hombres se vuelven repugnantes con la edad, van empeorando año tras año hasta convertirse en viejos babosos. Mi tío Manolo era un viejo limpio y guapo, creo que mi padre también va a ser uno de éstos.

Cuando era pequeño quería estar una semana o un mes sin decir ni palabra, pero luego no conseguía estar más de una hora con la boca cerrada. Cuando era pequeño me enfadaba muchísimo. Ahora me enfado menos y sin tanto empeño. Si me preguntaban en clase me ponía colorado como un tomate. También si alguien se metía conmigo o si se me acercaba alguna chica. Por eso andaba todo el día pegándome. El colegio es un sitio horrible y sólo hay una manera de que no te toquen demasiado las narices: a tortas. Si no eres capaz de pegar a nadie estás perdido, ser el mierda de la clase es casi tan malo como ser el gordo o el marica. Si yo hubiese sido el gordo de la clase, ahora estaría encerrado en un supermercado disparando con una recortada sobre todas las madres y sus hijos y los empleados de mantenimiento sin compasión ninguna.

Para ser un «as» de la Luftwaffe había que superar los cien derribos. Cuando comenzó la guerra, en el 39, Werner Molders contaba ya 14 aviones abatidos en Brunete, Zaragoza y Madrid. Al final de la guerra, en 1945, el mayor Erich Hartmann había alcanzado los 352 derribos a bordo de un Messerschmitt ME-262.

Los pilotos aliados no llegaron a tanto; el surafricano Pattle era el primero de la lista con 51 derribos, seguido del norteamericano Richard con 40. Entre los japoneses destacan los 87 aviones derribados por el alférez de navío Hiro-yoshi Nishizawa.

Cuando tenía doce años me compré quinientas pelotas de golf. Yo no juego al golf y ni siquiera me gusta verlo por televisión, pero es que me las vendieron a precio de ganga y pensé que aquello podía ser un gran negocio. Cuando cumplí trece años todavía me quedaban cuatrocientas ochenta y cinco pelotas. Entre los trece y los catorce vendí sólo diez más. Cuando dejé el colegio, con dieciocho años, me quedaban cuatrocientas treinta y ocho. En mi clase había tíos con escopetas de aire comprimido, tíos con bicicletas de campo y hasta tíos con ciclomotores de 75 centímetros cúbicos, pero yo era el único que tenía cuatrocientas treinta y ocho pelotas de golf metidas en una caja. Wild Bill Hickcok se enfrentó con cinco pistoleros contando sólo con su colt de seis tiros, a plena luz del día y en mitad de una calle ancha donde no había forma de esconderse. Tres de los pistoleros murieron antes de desenfundar y los otros dos cayeron heridos con las armas en la mano, pero sin haber hecho un solo disparo. A lo mejor Hickcok fue el más rápido al norte del río Grande, pero a lo mejor fue Wyatt Earp. Nunca he estado muy seguro.

Mi tío Paco tenía una Astra pero no salía con ella a la calle, le bastaba con su bastón estoque para mantener a raya a todos los indeseables.

Un día T recogió un perro abandonado y se lo trajo a casa. Al principio era un perro simpático y cariñoso, pero luego le salió una polla gigante como la de un caballo y andaba todo el día detrás nuestro tratando de empalarnos, así que no tuvimos más remedio que llevarlo a un albergue para perros porque al final no nos atrevíamos a salir de nuestro cuarto por miedo a que el monstruo aquel nos sodomizara.

De alguna manera todo lo que pueda contar va a sonar extraño, porque la verdad es que odio los detalles, me aburren. Podría decir que me duelen.

Yo nací en la casa de El Plantío, que era una casa grande con cinco plantas. Mi hermano Fran nació en la casa de la calle Lanuza, que era mucho más pequeña. M nació en Caracas. Mi abuelo se fue a Venezuela después de fracasar en un insensato negocio en el que se había metido aconsejado por sus socios. Mi abuela lloró mucho y entonces mi abuelo pensó que lo mejor sería probar suerte en Venezuela. Mi madre vivió primero en Maracaibo y después en Caracas. No sé gran cosa acerca de mi abuelo porque murió cuando yo todavía era muy pequeño. Le pasó un camión por encima.

M está enfermo y creo que lo ha estado siempre. Fran y yo estamos bien. Yo tenía una novia a la que ahora llamo T, por si lee esto y se enfada. T ya se ha ido, me refiero a que ya no es mi novia. Nunca he tenido otra novia y a lo mejor nunca vuelvo a tenerla.

Fran y yo dormíamos en el mismo cuarto, teníamos dos camas y las cambiábamos de sitio una vez al mes para no aburrirnos. M dormía solo en otra habitación. M tiene seis años más que Fran y siete y medio más que yo. Salió de Caracas cuando tenía once meses, así que no se acuerda de Venezuela. Tampoco está moreno ni nada por el estilo.

En mi clase había cuarenta y dos niños. Veintiún niños a cada lado y un pasillo en medio. A veces estábamos sentados en filas de seis, otras veces en filas de cinco o de siete. Lorena Rollo, Nuria Corredera, Benito Marín, Roberto Gálvez y Julio Molla estaban siempre en la primera fila. Me imagino que nos superaban al resto en entusiasmo. Paquito de Ribera, el niño cagón, y yo nos sentábamos detrás, más allá de las ventanas, alejados de las corrientes de aire.

Mi mejor amigo de todos los del colegio y de todos los del mundo era Javier Baigorri. Baigorri y yo salíamos todas las tardes a beber. Bebíamos cerveza, vino y ron de caña que él traía de Puerto Rico. Baigorri había nacido en Puerto Rico y sabía bailar merengue y beber ron. Se reía tan fuerte y con tantas ganas que parecía que fuese a partirse en dos.

Estuvimos cuatro o cinco años juntos pero después se volvió a Puerto Rico y se acabó lo bueno. Todavía me acuerdo mucho de él cuando escucho a Rubén Blades, a Willie Colón o a Celia Cruz.

A Javier Baigorri todo le hacía gracia, aunque fuese la cosa más tonta, de la que nadie se ríe. Si le suspendían, se tronchaba de risa y si no le suspendían, también.

Tenía un hermano que se llamaba Alfonso y que se alistó en la Marina de los Estados Unidos.

Si vives en Puerto Rico tienes que andar con cuidado porque de pronto llega un ciclón y te barre del mapa. Como suena, te barre del mapa y nadie, ni tu mejor amigo, vuelve a saber nada de ti.

Mi madre vivió en Maracaibo y en Caracas. M nació en Caracas, pero era muy pequeño cuando salió de allí, así que no se acuerda de nada. En el Caribe puedes estar bañándote en el mar, tan tranquilo, y de pronto llega un tiburón y te come una pierna. Puede parecer exagerado pero es verdad. Un tiburón puede comerte una pierna o puede comerte entero, eso depende del hambre que tenga.

Lo importante no es ir muy rápido, sino ir en la dirección adecuada. Las defensas se mueven en línea, por eso Antonio Álvarez Cedrón Hernández se queda siempre a un paso del fuera de juego, porque sabe entrar por el lado bueno. No es nada fácil. En el tercer curso ya me las había visto con uno de esos porteros inmensos que se pasan el partido pensando en morderte una oreja. Se llamaba Iván Bernaldo de Quirós Uget, comía pegamento y tinta y batía el récord de croquetas todas las semanas. El récord del primer turno. En el segundo turno, Alfonso Torrubias no tenía competencia. En el colegio había muchos récords. Iván Bernaldo de Quirós Uget se comía treinta y seis croquetas. Alfonso Torrubias se comía cincuenta croquetas. Álvaro Torres corría los cien en 11,30. Marta Lastra tenía las tetas más grandes. Juan José de la Llave podía darse diez cabezazos contra el suelo. Peña Enano podía darle tres veces con la nariz y Pedro Cimadevilla Nebreda tenía una polla de veinticinco centímetros, aunque esto último no lo vi, así que no pondría la mano en el fuego. En cualquier caso, siempre he tratado de no pensar mucho en ello.

Cuando me picaban los pantalones de franela me dejaba el pijama debajo. A veces se me veía un poco y me ponía rojo, pero es que no soporto que me piquen los pantalones.

Enfrente de mi casa vivían dos franceses, una francesa y un francés. Estaban casados a pesar de que él era diez veces más mayor y más feo que ella. El francés tenía pelos en las manos y la francesa era bonita como una princesa de cuento. Algunos días el animal del francés le atizaba con la mano abierta y a veces también con el puño cerrado. Lo sé porque la francesa y mi madre eran buenas amigas. Ella se lo contaba a mi madre y mi madre me lo contaba a mí. Fran me dejaba dos calles de ventaja y aún así me meaba, corría como cien o doscientas veces más que yo. Yo le meaba ju-

gando a las cartas porque había escondido espejos en la enredadera y le veía la jugada.

M se intentó suicidar una docena de veces, pero no le ponía muchas ganas. Al principio era como un juego, pero luego se fue complicando con los hospitales y los internados. A mamá, a papá y a Fran y a mí nos hubiese gustado que las cosas se arreglaran pero no hubo manera.

JOHN FITZGERALD KENNEDY fue el 35.º presidente de los Estados Unidos. Nació en mayo de 1917, triunfó en las elecciones presidenciales de 1960 y murió asesinado en Dallas (Texas) el 22 de noviembre de 1963. Dijo: «Protejamos al pueblo y su independencia».

NGUYEN VAN THIEU. Era el presidente electo del denominado gobierno títere de la República de Vietnam del Sur. Dijo: «Los americanos nunca nos abandonarán».

NGUYEN CAO KY era el vicepresidente de Vietnam del Sur. Según mi libro, se caracterizó por su inmadurez política y por ser más amigo de lucir a su bella esposa en los cócteles oficiales que de frecuentar los pasillos parlamentarios. Su frase favorita era: «Hay que vivir». Eso está bien.

HO CHI-MINH: fue presidente de Vietnam del Norte. Legendario guerrero, se le conocía como «tío HO». Dijo: «Ciertamente, nuestro pueblo vencerá y nuestro país tendrá el insigne honor de ser una pequeña nación que habrá vencido a dos imperialismos: el francés y el norteamericano».

LYNDON B. JOHNSON nació en Texas, ocupó la Casa Blanca después de la muerte de John F. Kennedy y dijo: «Sólo Dios sabe cuántas vidas nos costará esta guerra».

ROBERT FITZGERALD KENNEDY era el hermano de John y también se lo cargaron. Dijo: «Continuaré en Vietnam la política de mi hermano».

RICHARD NIXON primero perdió la guerra y después todo lo demás; aún y así dijo: «Hemos conseguido una paz

con Honor».

Sé un montón de cosas sobre la guerra de Vietnam, las leí en *Vietnam no era una fiesta*. El primer soldado americano que murió se llamaba Thomas Davis. Fue el día 22 de diciembre de 1961. En 1973 los Estados Unidos se retiraron de la contienda.

Era un libro estupendo. Lo tuve mucho tiempo, pero después se me perdió. Lo busqué por todas partes y le pregunté a todo el mundo, pero no apareció.

Aquí murió Sid, Nancy se desangraba en el baño mientras Sid ponía cara de imbécil y se sentaba en la cama a esperar. La ventana estaba abierta y el aire le daba a Sid en la cara de imbécil y esperaba. Pero Sid no se murió entonces, ni siquiera murió aquí, bueno, un poco sí, tenía la navaja en las manos y las manos y los brazos y las piernas llenas de sangre, pero no era sangre suya, era sangre de Nancy, que llevaba todo el santo día allí y toda la noche. A Sid no se le vio después de eso, en el mismo hotel habían vivido Arthur Miller y Dylan Thomas. Como habían estado andando todo el día arriba y abajo por toda la ciudad de Nueva York sin sacar nada, nada de nada, estaban verdaderamente cansados, llevaban al menos una semana dentro sin salir y Nancy se había puesto histérica, más que nunca, y movía su pesado culo y sus piernas plagadas de cardenales por toda la habitación, así que no era el día anterior sino una semana después de que en la calle nadie vendiese nada, lo cual es algo de locos, algo que no había por donde agarrarlo y por eso Nancy le dio por morirse y no por otra cosa. Luego se murió Sid, en otro sitio, por el setenta y nueve, aunque lo cierto es que Sid no tocaba muy bien el bajo, lo tocaba fatal, eso sí, de cuando en cuando le escribía a su madre:

«Querida mamá, estoy estupendamente bien, América es un país muy grande, más grande que ningún otro, al menos que yo sepa. La gente me quiere y me dice cosas bue-

nas que apunto para no olvidarme. Volveré pronto. Te quiere, Sidney».

Yo tenía mis cosas preparadas, la ropa, los libros y las botas de tacos hacía horas. Mi madre gritaba como una loca y a mí me importaba bien poco porque desde la expulsión me había preparado para esto y para más. Mi padre no era mucho más alto que yo, casi ni un palmo; cuando él hablaba yo me miraba los pies. Lo tenía todo listo para irme y el ruido no conseguía distraerme.

A mí me expulsaron porque a Juan José de la Llave le dio por robarme la merienda. Cogía mi merienda con sus manazas de gordo asqueroso, se la metía en su boca de gordo asqueroso y masticaba deprisa hasta que caía en su gran barriga de gordo asqueroso. Así todo el trimestre. Hasta que se me hincharon las narices y le tiré una silla a la cabeza. No era una silla muy pesada, era una silla de resina de plástico, pero al final de la contienda Juan José de la Llave tenía una brecha de cinco centímetros en la cabeza. Tenía mi merienda y tenía su brecha. Ésa es mi idea acerca de cómo se deben equilibrar las cosas. Para los chicos del primer turno de recreo era un héroe porque al fin podían comerse sus meriendas. Para el director era poco menos que un asesino. Me dijo que me faltaba mucho para ser una buena persona. Pero es que cuando eres pequeño lo último que necesitas es ser buena persona. Cuando eres pequeño piensas que aún te quedan posibilidades de convertirte en un verdadero hijo de puta, así que intentas aprovecharlas. Tal y como lo veo, un verdadero hijo de puta es un tío que mantiene a raya a los memos del segundo turno de recreo y no un pedazo de mierda que se pasa el día asustando a los niños chicos y robándoles sus meriendas.

Cuando eres niño no quieres ser buena persona por nada del mundo, quieres tumbar a los pesos pesados, ser expulsado de dos de cada tres clases y hacerte pajas hasta que te den calambres en las manos. Cuando eres niño

quieres quemarte en el infierno y ver cómo todo el jodido colegio te admira por ello.

Si te pones a pensar en los sitios donde has estado y la gente con la que has andado y todas las tonterías que no tenías que haber dicho, te mueres. No pienso mucho en eso. T se pone triste cuando recuerda algunas cosas y yo siempre le digo que no tiene sentido estar echándose mierda encima todo el tiempo.

Hugo Sánchez daba una voltereta después de cada gol. A la gente le encantaba. Hugo Sánchez ganó cinco trofeos «Pichichi» en seis años. El trofeo «Pichichi» se lo dan al jugador que más goles ha metido en el campeonato de Liga. El primer «Pichichi» lo ganó Bienzobas con la Real Sociedad en la temporada 1928/29. El segundo lo ganó Gorostiza con el Bilbao y el tercero Bata, también con el Bilbao. El Atlético de Bilbao ha tenido doce «pichichis» en sus filas, el Real Madrid veinte. El Barcelona sólo seis, pero es que el Barcelona nunca ha tenido mucha suerte. El Real Madrid ha ganado 25 ligas y el Barcelona 10.

El primer portero que se llevó el trofeo al portero menos goleado fue Ramallets, en la temporada 1958/59. También lo ganó en la temporada siguiente.

A pesar de Hugo Sánchez, nadie ha metido tantos goles como Zarra.

Yo disfrutaba jugando al fútbol, no corría mucho pero tenía un buen regate. Era lo que se llama un jugador de ráfagas, a veces mucho y a veces nada.

Si sumamos todos los puntos ganados por todos los equipos en todas las ligas tenemos que el Madrid suma 2355, mientras que el Barcelona, que sería el segundo equipo con más puntos, se queda en 2192.

En cuanto a trofeos en propiedad, es decir, tres campeonatos consecutivos o cinco alternos, el Madrid vuelve a

encabezar la lista: del 53 al 61, del 61 al 67, del 67 al 69, del 71 al 79 y del 85 al 88.

Tengo todos estos datos apuntados porque pienso que son importantes.

Cuando el Madrid ganó la Liga 79/80 los periódicos le dieron la primera página casi entera. Los titulares decían: «Y VAN VEINTE».

Me refiero a que algunas cosas son importantes y otras no.

Mi padre está empezando a pintar. Mi padre es un gran dibujante, uno de los mejores, pero ahora tiene que pintar y tiene que hacerlo deprisa porque M sigue volviéndonos a todos locos y no sabemos qué es lo que hay que hacer con él.

M nunca ha estado bien, pero ahora con el tiempo se pone peor y peor cada vez y mamá y papá y Fran y yo no sabemos cómo ayudarle. Tampoco los médicos. Los médicos se pasan el caso de unos a otros y nunca nos dicen nada definitivo. Ni siquiera algo aproximado.

Yo he hablado con casi todos los médicos pero ninguno me ha dicho nada que no supiera. No quiero entrar en detalles sobre la enfermedad de M porque estas cosas de la mente son muy complicadas y porque M podría leerlo y enfadarse muchísimo si viese que voy por ahí contando sus asuntos a todo el mundo. Hay cosas de las que no se debe hablar, pero es que sin esto no se entendería por qué mi padre sigue sin pintar y por qué mi madre está tan nerviosa sin saber cómo tratar a su niño grande. A veces M se venía al cine con Fran y conmigo y todo iba bien, pero otras veces se encerraba y corría por la casa y lloraba y lo ponía todo cuesta arriba, así que al final la situación terminó empeorando mucho con los sanatorios y las desapariciones y los intentos de suicidio.

Uno de los médicos quiso saber qué pensaba yo sobre el asunto, sobre M y sus cosas y sobre lo poco y mal que dormíamos por las noches, pero al final no le dije nada por-